

Isabel de Grandes: una semblanza atípica

Isabel de Grandes: an atypical portrait

Beatriz BERNAL GÓMEZ

Instituto de Investigaciones Jurídicas

UNAM. México

betiberg@yahoo.es

A través de este número de la revista *Cuadernos de Historia del Derecho*, homenajeamos hoy a una funcionaria ejemplar: Isabel de Grandes. Es por ello por lo que, al ser requerida para colaborar en el mencionado homenaje, decidí escribir una semblanza de la susodicha. Ahora bien, debo advertir que no haré una semblanza a la manera tradicional, esto es, no elaboraré una mini-biografía laboral del paso por el Departamento de Historia del Derecho y de las Instituciones de quien ha sido, durante casi cuatro décadas, su Secretaria. Todos los que convivimos con ella en nuestra querida Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid conocemos su trayectoria. Me limitaré a escribir sobre los muchos años que conviví con ella en el mencionado Departamento, llamado coloquialmente «el séptimo», espacio en el cual, durante tanto tiempo, dicho en palabras de nuestro común y querido amigo el profesor Miguel Ángel González San Segundo: «Isabel nos departamentaba». Convivencia la mía, sin duda intermitente, mientras una y otra vez en ese lapso, atravesaba yo el Atlántico.

Cumplido este pesado preámbulo pasaré a compartir con los lectores de estas páginas, no solamente anécdotas, aventuras y peripecias; *ergo* experiencias de todo tipo vividas con Isabel, sino también, si puedo, a expresar mis más profundos sentimientos sobre quien es, y espero que siga siendo en el futuro –sea este corto o mediano, ya que largo será difícil– una de mis más entrañables amigas.

Cuando era adolescente, en un pueblo perdido en la provincia de Pinar del Río, Cuba, solía leer la revista *Selecciones*, de gran difusión en aquellos viejos tiempos provincianos. En ella encontraba siempre un pequeño artículo titulado: «Mi personaje inolvidable». Tuve la intención entonces de escribir unos párrafos sobre mi abuelo paterno. Con el paso de los años, se me olvidaron la revista y la intención. Hoy, al recibir la invitación del actual Director del Departamento, el profesor Juan Antonio Alejandro, para colaborar en este libro-homenaje a Isabel, volvieron a mi memoria las lecturas de antaño y pensé, mejor dicho sentí, que uno de mis personajes inolvidables de Madrid y de España toda, era, sin lugar a dudas, mi amiga Isabel.

«Isabelita, porteña bonita», como en muchas ocasiones la llamé, no porque fuera argentina. «Soy castellana vieja», me decía con frecuencia. Mi mote se debió al resto

de la letra del valsecito porteño que reza: «Divina, exquisita, de gracia sin par». Y vaya que ha sido casi divina para sus muchos «departamentados» la exquisita y graciosa Isabel. ¿Por qué? Pues porque todos, absolutamente todos: catedráticos, profesores titulares, adjuntos, ayudantes y el resto del personal de la mitad del «séptimo piso» –la otra mitad la ocupa el Departamento de Derecho Romano–, fuimos con gran frecuencia oídos, comprendidos, ayudados y por supuesto, «apapachados» (término mexicano que significa acariciados física o emocionalmente) en nuestras cuantas personales y profesionales por Isabel. Aunque también, debo reconocerlo, muchas veces interpelados y hasta regañados por ella.

Es que Isabel, con su inmenso cariño y su infinita comprensión, pero también con su fuerza de carácter, nos brindó siempre su talento como terapeuta, para consolar nuestras almas a veces atribuladas. «En tiempo de tribulación no hacer mudanza», me aconsejaba cuando sufría momentos bajos, como si fuera el mismísimo San Ignacio de Loyola. Asimismo, como bien dice el profesor Faustino Martínez, utilizó infinidad de veces su talante para «pacificar» ese Departamento, sin duda eficiente en la docencia y prolífico en las publicaciones, pero un tanto enloquecido que ha sido y sigue siendo «el séptimo». En resumen, Isabelita fue para «el séptimo» algo así como la Lucy del tebeo yanqui de Charly Brown. Hacía terapias individuales y colectivas, aunque, generosa y desprendida, a diferencia de Lucy, no nos cobraba un céntimo.

Vaya ahora, como he anunciado, pero en segunda persona del singular, una pequeña parte de las muchas peripecias, anécdotas y aventuras vividas y disfrutadas con la *troupe* de sus años y mis años complutenses, que para suerte mía, coincidieron con los de ella.

Te conocí Isabelita a fines de los años sesenta de la pasada centuria. Iba yo en busca de don Alfonso García-Gallo, a la sazón Director del Departamento, así como el profesor más afamado en el ámbito de la historia del derecho en España. Mi intención –cosa que conseguí–, fue presentarme ante él y solicitarle que me admitiera como doctoranda en el pequeño círculo de su Departamento y su cátedra. Todavía recuerdo con nitidez el tiempo que pasé contigo, Isabel, encerradas ambas en un pequeño cubículo del segundo piso del antiguo edificio de la Facultad. Supongo que ese lapso debió parecerme eterno, pues muchas veces me recordaste con un tonito un tanto canalla, supongo que con el fin de rebajar mis humos de joven catedrática en México: «don Alfonso te hizo esperar, Betita, te hizo esperar».

Poco después me trasladaba yo de México a Madrid y me inscribía en el Doctorado de Historia del Derecho. Allí pasé dos años asistiendo a los cursos reglamentarios y elaborando mi tesis doctoral sobre Derecho Indiano, bajo la tutoría del eminente profesor. Allí, nació y se afianzó mi amistad con los compañeros del Doctorado, en especial con Gustavo Villapalos, Julio Medina, Agustín Bermúdez, Ana Barrero, Mariluz Alonso y otros dos paisanos continentales provenientes de las Indias: la mexicana María del Refugio González y el puertorriqueño Carmelo Delgado. Y, por supuesto,

contigo Isabel, que eras «el alma» del Departamento y del grupo. La empatía entre nosotros fue inmediata y dura hasta el momento en que esto escribo.

¡Cuántos viajes hicimos por los caminos de la vieja y la nueva Castilla, Isabelita! ¡Cuántas veces salimos todos dando tumbos de bares y discotecas de Madrid! ¡Cuántas espectáculos teatrales y cinematográficos disfrutamos juntas! ¡Cuántas comidas y cenas degusté contigo, generalmente invitadas por Gustavo, vivo ejemplo de prodigalidad, o por Manolo Abellán, el querido romanista que en un momento dado se unió a la tribu de los historiadores! Una tribu que creció más tarde cuando se integraron a ella un trío de chavales jóvenes y guapos: Pepe Sánchez-Arcilla, Fernando Fontes y Feliciano Barrios, así como una pareja proveniente de la administración, no tan joven, pero sí bien guapa: Angelines Garrote y Juan Vivancos, profesor de Derecho Romano y gerente por antonomasia de la Facultad.

Para nuestras correrías la estación del año no importaba; las reuniones se celebraban tanto en la primavera como en el otoño o el invierno: en verano partíamos todos a diferentes destinos al uso español. En los viajes íbamos siempre guiados con pericia –y en su coche– por Julio Medina ¿Te acuerdas Julito de las cadenas para la nieve que te dejé cuando regresé a México? ¿Alguna vez las usaste? Yo nunca. Y tú, Isabel, ¿de la visita que hicimos a tu *dacha* (la casa solariega de los De Grandes) en Sigüenza? ¿Y de cómo nos peleamos todos? ¿Y del disgusto que pasaste porque no nos quedamos a cenar? Ya va siendo hora de que me perdones por haberme regresado en tren. ¿Y de la navidad que, décadas más tarde, ya instalada en Madrid, pasé contigo y tus hermanos en Guadalajara? En esa fecha hiciste gala de tus artes culinarias y nos brindaste un pescado exquisito (no recuerdo cómo se llama en España, creo que lubina, rape o róbalo, en Cuba se llama pargo y en México huachinango). Ahora, al mencionar la ciudad del Duque del Infantado, que recorrí contigo y con tu cuñada Paloma, me viene a la memoria la tristeza que te invadió cuando vendieron en ella tu casa familiar. Tristeza que, espero, fue aliviada por un regalo que yo te hice. Se trató de un largo poema de Dulce María Loynaz del Castillo que dedicó a la desaparición de la suya en La Habana. Ese mismo año le dieron a la cubana el premio Cervantes en España. Pocos entonces la conocían por esos lares, tú sí, lo que, a pesar de la nostalgia, te causó gran regocijo. Casi tanto como cuando te regalé la fotocopia del libro de poemas de José Ángel Buesa que encontré por casualidad en México. Tantas veces me contaste como escuchabas en la radio esos poemas, que cuando se los oí recitar a un viejo juglar en Saltillo, corrí detrás de él para conseguirlos. Aquel hombre, también admirador de Buesa, como tú, como mi madre, me explicó que el libro hacía décadas estaba agotado y prometió enviarme una copia. Fue grande mi sorpresa al recibir quince días después, en mi propia casa, a través de un «propio», los poemas de Buesa. Años después pude regalarte el libro mismo, en una nueva edición publicada en Miami, que reivindicaba al poeta largamente olvidado. Ese regalo, si no te colmó, por lo menos enriqueció tu incuestionable veta romántica. Porque romántica eres, Isabelita, y mucho. ¿No es cierto?

Cumplidos mis años de doctoranda, y con el título ya en la mano, seguí visitando Madrid invitada a congresos y conferencias o disfrutando de becas y años sabáticos. Proveniente de Barajas, mi primera parada era siempre en tu despacho, situado ya en el mero «séptimo», el del edificio nuevo y premiado –nunca entendí por qué– de la Facultad. Con eso cumplía un rito, ponerme contigo al día de todos los «dimes y diretes» de nuestra casa común. Tú me ponías al tanto de quienes, en ese momento, eran «los buenos y los malos» en el mapa siempre cambiante de los historiadores del derecho español. Después me iba a casa y procedía a desempacar la valija en el piso que Gustavo me prestada en Ampudia, muy cercano al tuyo en General Rodrigo. En el primero organizábamos mes tras mes tremendas «timbas poqueriles y canasteras» animadas con vino y manjares de lujo, éstos últimos aportados por el rico canonista Iván Ibán, así como con las latas de frutas en almíbar que nos traía Alberto de la Hera. Al segundo, tu piso, iba yo muy modosita, por aquello de no perturbar «tu privacidad» –de la cual eres muy celosa–, para seguir los capítulos de aquella serie televisiva que tanto nos gustaba: «El pájaro espino». ¿Te acuerdas, Isabelita? Supongo que sí, pues siempre has sido muy aficionada a los amores difíciles, si no imposibles. Otra vez aparece tu veta romántica.

Luego vino, hasta mi jubilación, mi larga estancia de dieciséis años en Madrid como Profesora Titular de Historia del Derecho en la Facultad. Al llegar, sufrí la falta de algunos antiguos colegas y de mis dos maestros más queridos, don Alfonso y don Juan Manzano. Sin embargo, la tribu había crecido, y yo había ampliado mis «conocencias» con nuevos profesores: Pedro Porras, Luis Mari García-Badell, los dos Emilios (de la Cruz y de Benito), Luis Moreno, María Jesús Torquemada, Faustino Martínez y, por supuesto, las niñas de Pepe (Carmina Vázquez, Raquel Medina, Pilar Esteves, Mariam Madrid, Susana García y Marianita Moranchel), así como con otros queridos colegas. Pero lo importante, lo fundamental es que allí, en tu despacho de toda la vida, rodeada de libros, cuadros, ceniceros y sobre todo de amigos, casi todos fumadores, estabas tú.

«En el lugar de siempre, con la misma mirada y con la misma gente» como dice el corrido que tanto te gusta, dispuesta a escucharnos, ayudarnos, consentirnos, *apa-pacharnos*, «*terapearnos*» ... y también regañarnos. Cómo disfrutaste ese corrido, y otros de «ardidos», en la Plaza Garibaldi, durante aquel viaje que hiciste a México con la buena de Angelines con el fin de visitar las bibliotecas de la UNAM, bajo los auspicios del profesor José Manuel Pérez-Prendes, entonces director del Departamento. Fue la única vez que viniste a visitarme, en «injusta» reciprocidad por las «*sepetecientas*» veces que yo crucé «el charco» para gozar de tu compañía. Y cómo gozaste también del concierto de Chavela Vargas, en el bello teatro de El Escorial, cuando invitamos a la reina de la canción ranchera, a los cursos de verano de la Complutense.

Otra cosa que recuerdo como si fuera ahora es el comentario que siempre me hacías al salir de la Facultad para subirnos en el «F» rumbo a nuestras casas, eso sí,

con parada en el quiosco de la lotería para comprar la Primitiva: «Ya se mastica la primavera, Betita, ya se mastica», decías, en cuanto empezaban a brotar los primeros cerezos en flor. Te copio, y eso mismo les digo yo a mis nietas cuando aparecen a mediados de marzo las bellísimas jacarandas, típicas de la ciudad de México.

Me acuerdo también de aquella cancioncita que tanto me gustaba y que rezaba, más o menos así: «A mí no me cuenten penas, ni me hablen de sufrimientos...». Aunque, creo que tú nunca estuviste muy en consonancia con dicha canción. ¡Faltaría más! Es que tú, además de logros y alegrías, fuiste siempre receptora de penas y tristezas. Mientras que yo —me reclamabas—, ante los conflictos y tribulaciones propios de la vida, tanto personal como académica, me quedaba impertérrita. «Ay, Betty, siempre pasando —me decías—, qué pasota eres, hija, qué pasota». Soy Capricornio, Isabelita, a diferencia de ti, que como buena Géminis tienes doble personalidad. Eres fuerte y aguerrida como pocas, ya lo he dicho, pero también dramática y llorona. Esto último te ha servido para que los múltiples amigos y admiradores que tenías y tienes en «el séptimo», al verte enojada o triste, abarrotaran tu piso de flores y tu agenda de invitaciones. Presentes que a mí, por su ausencia, me hacían aflorar un torpe velo de envidia detrás de los espejuelos.

Qué pocos quedamos ya de la vieja guardia, Isabelita, porteña bonita: unos por muerte, otros por jubilación, como en mi caso, como en el tuyo. Cuánta pena me dan los que se quedan ahora sin ti. ¿Quién oírás sus cuitas? ¿Quién los ayudará? En resumen, ¿quién los va a *teraperar*?

Pero doblemos la página, porque estas líneas no tienen como objetivo regodearse en la añoranza, sólo se proponen recordarte unas cuantas de las peripecias que vivimos juntas, con motivo de tu más que merecido homenaje, repito.